

32° CURSO PARA LOS OBISPOS DE BRASIL

"El papel de los laicos en el momento actual de la evangelización"

27 de enero de 2022

Videoconferencia de Su Eminencia el Cardenal Kevin Farrell

Estimados Cardenales, Excelencias, Reverendos Padres:

Un cordial saludo a todos los que participan en este Curso para los obispos de Brasil. Es un momento de gracia, hecho de escuchar y compartir, y espero contribuir a estos días de formación con mis reflexiones. El tema que me ha tocado se refiere al papel de los laicos en la Iglesia, con especial referencia al momento actual de la evangelización. Quisiera dividir mi presentación en cuatro partes: una primera parte, más general, sobre la importancia de los laicos en la Iglesia, una segunda parte sobre la tarea misionera de los laicos, una tercera parte sobre la formación, una cuarta parte sobre algunas prioridades pastorales.

1. Importancia de los laicos en la Iglesia

Para comprender la importancia de los laicos, reflexionemos de nuevo sobre su papel y hagámonos una pregunta muy sencilla: “¿Qué pueden hacer sólo los ministros ordenados? ¿Y qué pueden hacer sólo los laicos?”. El Santo Padre resumió eficazmente esta diferencia con estas palabras:

“El santo Pueblo de Dios, ungido por el Espíritu, es enteramente sacerdotal en cuanto participa del único sacerdocio de Cristo... Al mismo tiempo, si el centro de la identidad del sacerdote está en consagrar el pan eucarístico, el centro de la misión laical consiste en consagrar el mundo según el designio de Dios”¹.

¹ FRANCISCO, *Prefacio* al libro de S.E.R. Fabio Fabene, *Sinfonia di ministeri. Una rinnovata presenza dei laici nella Chiesa*, Libreria Editrice Vaticana - Edizioni San Paolo, Città del Vaticano - Cinisello Balsamo, Milano, 2020.

“Consagrar el pan eucarístico” – “consagrar el mundo”. En estas dos expresiones reside la diferente identidad de los ministros ordenados y los laicos.

Los sacerdotes reciben el sacramento del orden precisamente porque su ministerio – y, en consecuencia, también su persona y toda su existencia – está inserto en una dimensión sacramental que, en última instancia, los vincula a Cristo mismo, de modo que, cuando celebran los sacramentos, transmiten una gracia que no es de origen humano, sino divino. Quisiera decir a este respecto que los fieles laicos están agradecidos por esta presencia y por este servicio prestado por los ministros ordenados y los obispos. Los fieles laicos que viven su fe tienen esta íntima percepción de que en ustedes está presente algo del único “maestro” y “pastor” que conduce a la salvación. Por eso, cuando actúan como ministros – en la Palabra que proclaman, en el pan eucarístico que consagran o en la absolución sacramental que dan –, ellos tienen la posibilidad de encontrar a ese Jesús que han encontrado, que les ha cambiado la vida, al que aman y del que no quieren separarse, y por eso les agradecen que hayan dado toda su vida para llevar a Cristo a los demás.

Frente a esta identidad y misión de los ministros, está la identidad y misión de los laicos. Tocados por la gracia que Cristo les da en los sacramentos, iluminados y fortalecidos por la Palabra que han escuchado, “salen” al mundo y lo transforman con su sola presencia.

Me gustaría subrayar aquí un punto importante. Los párrocos suelen estar muy preocupados por explicar a los laicos lo que deben hacer y en qué ámbito de la Iglesia o de la sociedad deben comprometerse, y sobre todo cómo deben alcanzar determinados objetivos pastorales que las parroquias o diócesis han identificado. Esta tendencia a asignar “tareas” especiales a los laicos termina a menudo por crear una presión excesiva sobre los propios laicos y es a menudo una fuente de frustración para los pastores cuando ven que no se realizan todos sus planes pastorales. El punto que quiero reiterar es éste: los fieles laicos, por el hecho mismo de vivir como cristianos, es decir, como discípulos de Jesús, ya están realizando su misión. ¡Vivir como

cristianos ya es evangelizar! De hecho, un laico que ha aprendido a alimentar su fe con la Palabra y los sacramentos, llevará casi naturalmente la “levadura cristiana” en todos los ambientes que frecuenta: casa, trabajo, amigos, etc., simplemente por ser lo que está llamado a hacer. Por el simple hecho de ser lo que está llamado a ser, se convierte en sal de la tierra y evangelizador del mundo, ¡aunque no participe directamente en ninguna iniciativa pastoral diocesana concreta! A este respecto, pensando precisamente en los laicos de América Latina, el papa Francisco escribió:

«Muchas veces hemos caído en la tentación de pensar que el laico comprometido es aquel que trabaja en las obras de la Iglesia y/o en las cosas de la parroquia o de la diócesis y poco hemos reflexionado cómo acompañar a un bautizado en su vida pública y cotidiana; cómo él, en su quehacer cotidiano, con las responsabilidades que tiene se compromete como cristiano en la vida pública. Sin darnos cuenta, hemos generado una élite laical creyendo que son laicos comprometidos sólo aquellos que trabajan en cosas “de los curas” y hemos olvidado, descuidado al creyente que muchas veces quema su esperanza en la lucha cotidiana por vivir la fe»².

Todo lo que hemos dicho hasta ahora nos hace comprender el porqué de la importancia de los laicos. El Santo Padre escribió en la *Evangelii gaudium*:

«Ser Iglesia es ser Pueblo de Dios, de acuerdo con el gran proyecto de amor del Padre. Esto implica ser el fermento de Dios en medio de la humanidad. Quiere decir anunciar y llevar la salvación de Dios en este mundo nuestro, que a menudo se pierde, necesitado de tener respuestas que alienten, que den esperanza, que den nuevo vigor en el camino» (EG 114).

La misión de la Iglesia, dice el Papa, es “ser la levadura de Dios en medio de la humanidad” y “llevar la salvación de Dios a este mundo nuestro”. Pero esto es imposible sin los laicos. En efecto, sólo los laicos pueden estar verdaderamente cerca de los hombres y las mujeres a los que el Señor nos envía, sólo los laicos pueden tener una presencia capilar en todos los sectores de la sociedad, sólo los laicos pueden

² FRANCISCO, *Carta al cardenal Marc Ouellet, presidente de la Pontificia Comisión para América Latina*, 19 de marzo de 2016.

transformar “desde dentro” los lugares, las estructuras, las instituciones de nuestro mundo.

La misión de los laicos, por tanto, debe situarse en el contexto del camino sinodal en el que se encuentra toda la Iglesia. El Santo Padre, en su reflexión en la apertura del camino sinodal, dijo:

«Si falta una participación real de todo el Pueblo de Dios, los discursos sobre la comunión corren el riesgo de permanecer como intenciones piadosas»³.

También advirtió del peligro del formalismo, diciendo:

«Si hablamos de una Iglesia sinodal no podemos contentarnos con la forma, sino que necesitamos la sustancia, los instrumentos y las estructuras que favorezcan el diálogo y la interacción en el Pueblo de Dios, sobre todo entre los sacerdotes y los laicos. ¿Por qué subrayo esto? Porque a veces hay cierto elitismo en el orden presbiteral que lo hace separarse de los laicos; y el sacerdote al final se vuelve el “dueño del cotarro” y no el pastor de toda una Iglesia que sigue hacia adelante. Esto requiere que transformemos ciertas visiones verticalistas, distorsionadas y parciales de la Iglesia, del ministerio presbiteral, del papel de los laicos, de las responsabilidades eclesiales, de los roles de gobierno, entre otras»⁴.

De estas palabras tan francas del Papa sobre el “diálogo” y la “interacción” en el seno del Pueblo de Dios, creo que los pastores debemos extraer una clara indicación de que debemos prestar más atención sobre todo a la escucha de los laicos. Me refiero a dos tipos de escucha.

Un primer tipo de escucha es el que está abierto a todos los fieles laicos, para conocer mejor sus situaciones concretas de vida, sus dificultades espirituales y también las gracias e “inspiraciones” que están deseando compartir. Esta escucha es muy buena para que los ministros ordenados conozcan con verdadera “empatía” a sus “hermanos en la fe”, con los que comparten el mismo bautismo y de los que son pastores. Pero

³ FRANCISCO, *Discurso para el inicio del Proceso Sinodal*, 9 de octubre de 2021.

⁴ *Ibíd.*

también es bueno para los laicos, porque refuerza su sentido de pertenencia a la Iglesia y su unidad con la jerarquía.

Otro tipo de escucha, igualmente importante, es la que se refiere a la consulta de los laicos por parte de los pastores, con vistas a la misión y a la actividad pastoral ordinaria. Saben muy bien que el Santo Padre nos ha invitado a menudo a tener en alta consideración el *sensus fidei del Pueblo de Dios*. Por ejemplo, en su discurso de conmemoración de la institución del Sínodo de los Obispos dijo:

«El *sensus fidei* impide separar rígidamente entre *Ecclesia docens* y *Ecclesia dicens*, ya que también la grey tiene su “olfato” para encontrar nuevos caminos que el Señor abre a la Iglesia»⁵.

La sugerencia que me gustaría hacerles es la siguiente: antes de embarcarse en cualquier proyecto pastoral, siempre es conveniente escuchar la opinión de los laicos, no sólo de los laicos que son “agentes de pastoral” cualificados, sino también la de los fieles más sencillos y no cualificados. Ustedes mismos se darán cuenta de que su punto de vista les enriquecerá mucho y les hará entender las cosas de otra manera. La mayoría de los laicos, de hecho, están fuera de lógicas eclesiales demasiado estrechas, no están condicionados por los patrones y métodos pastorales del pasado, que los ministros tienden a repetir, y que los laicos, en cambio, superan con creatividad, aportando nuevos ímpetus y audacia donde ha habido cierta tibieza y acomodación al “statu quo”.

Quisiera añadir que la consulta a los laicos debe realizarse no sólo antes de emprender una iniciativa eclesial, es decir, en la fase de planificación, sino también después, es decir, en la fase de revisión. Lamentablemente, muy pocas veces las diócesis llevan a cabo una revisión sistemática de las iniciativas adoptadas. Esto sería muy útil. También en este caso hay que escuchar la voz de los laicos y preguntarles: ¿cómo ha sido recibida esta iniciativa por ti y por tus conocidos? ¿Se ha recibido? ¿Ha

⁵ FRANCISCO, *Discurso con motivo de la Conmemoración del 50 aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos*, 17 de octubre de 2015.

despertado interés? ¿Ha dado sus frutos? ¿Qué no ha funcionado? ¿Qué se puede mejorar en el futuro? ¿Qué hay que reforzar? ¿Qué hay que cambiar?

Los pastores que implican a los laicos en el apostolado, de manera real, y no sólo formal, reciben siempre un gran enriquecimiento y un gran estímulo para asumir nuevos retos de evangelización, para estar presentes en nuevos ambientes, para utilizar nuevas metodologías, para renovar incluso el lenguaje utilizado y la imagen que la Iglesia propone de sí misma.

2. La tarea misionera de los laicos

Llegamos al segundo punto: la tarea misionera de los laicos. Estoy convencido de que el futuro de la misión de la Iglesia pasa por los laicos. En el pasado, la actividad misionera de la Iglesia se dirigía principalmente a los territorios de nueva evangelización y era llevada a cabo casi exclusivamente por congregaciones religiosas o por sacerdotes que se dedicaban a ello con un mandato específico. Esto ya no será así en el futuro. Los laicos serán los misioneros del futuro.

Su misión no se limitará a unos pocos territorios, sino que se extenderá a todas las regiones de la tierra y a todos los sectores de la sociedad. Sobre todo, pasará principalmente por el testimonio de vida. Si en el pasado evangelizar consistía principalmente en enseñar la doctrina cristiana, las verdades del catecismo y las oraciones, hoy es cada vez más importante “evangelizar con la vida”.

Hoy en día, las personas están expuestas diariamente a un “río” de palabras, de discursos, de opiniones, y el riesgo es que acabemos nivelando todo, mezclando la verdad y el error. Por eso, los “grandes discursos sobre la fe”, pronunciados por expertos teólogos o académicos, corren el riesgo de no tener ningún efecto en la mayoría de la gente, porque se perciben simplemente como “opiniones”, “puntos de vista”, entre otros muchos. El testimonio de vida de un laico, en cambio, toca una fibra diferente e inequívoca.

De hecho, los hombres y mujeres de nuestras sociedades modernas están acostumbrados a verse rodeados de personas absortas en sus propios compromisos, encerradas en su pequeño mundo, a menudo incapaces de ir más allá de sus propios intereses y, por tanto, hostiles a acoger a los demás en la “burbuja” protegida de sus vidas. Pero cuando a los ojos de estos hombres y mujeres aparecen laicos que viven las bienaventuranzas del Evangelio, que ven a Cristo en los demás, siguiendo lo que se dice en el capítulo 25 de Mateo, inmediatamente aparece algo más. Parecen hombres y mujeres normales, como los demás, pero que toman decisiones importantes en su vida familiar, laboral, social y política, no por puro interés egoísta, sino porque se guían por una “luz superior”, que es la del Evangelio. Ante esto, la gente entiende que ya no se trata de “opiniones”, sino de una forma de vida que es objetivamente diferente a los estándares de la sociedad y que, aunque no se entienda del todo, parece de alguna manera “noble”, “elevada”, más “humana” y por eso les atrae.

Así es como se llevó a cabo la evangelización en los primeros siglos de la Iglesia: fueron los cristianos laicos quienes, con su vida, atrajeron a muchas otras personas al Evangelio y despertaron el deseo de convertirse, como ellos, en discípulos de Jesús. Mucho antes de la llegada de Pedro y Pablo, el cristianismo fue llevado a Roma por laicos, muy probablemente judíos conversos, así como a Antioquía por judíos helenistas conversos, y a Fenicia y Chipre, donde el Evangelio fue llevado por aquellos cristianos laicos que se vieron obligados a abandonar Jerusalén a causa de la persecución que siguió al martirio de san Esteban.

Para todos los primeros cristianos, era perfectamente normal proclamar el Evangelio dondequiera que fueran, en cada ciudad en la que vivieran, como resultado de la persecución o el comercio. ¡Todos los fieles laicos de los orígenes eran “espontáneamente misioneros”! No necesitaron mucha “sensibilización” misionera ni programas de formación específicos promovidos por la jerarquía eclesiástica. Les pareció natural proclamar – con la palabra y el testimonio de su vida – la gran novedad que había cambiado su existencia, es decir, el encuentro con Jesús, su resurrección, su

presencia permanente en la Iglesia, el don del Espíritu Santo que había renovado a cada uno en lo más profundo de su ser.

Este impulso misionero natural debe despertarse también hoy en todos los bautizados. Y para ello es importante, en primer lugar, que la misión esté en nuestros corazones. Es decir, que sea un deseo profundo, siempre presente en nosotros los pastores, y no simplemente un “cumplimiento” más en nuestra agenda como obispos. Sólo así podremos implicar a toda la comunidad cristiana en este anhelo misionero: a los ministros ordenados (como los primeros “obispos” que los Apóstoles pusieron al frente de las distintas iglesias locales), pero también a los matrimonios (como Aquila y Priscila), y a los misioneros laicos (como los que Pablo saluda al final de su carta a los Romanos o como el mismo evangelista Lucas). En el cristianismo primitivo todos los miembros de la Iglesia eran misioneros, en todos los estados de vida (casados o consagrados), en todas las edades (jóvenes o ancianos), en todas las condiciones sociales y culturales (pobres o ricos, educados o sencillos, aristócratas o gente común, libres o esclavos). Podemos decir que dar testimonio de Cristo el Señor estaba en el ADN de cada creyente, no era una “especialidad” de una categoría particular de cristianos. Volvamos a las conocidas palabras que el Papa escribió en *la Evangelii gaudium*:

«En todos los bautizados, desde el primero hasta el último, actúa la fuerza santificadora del Espíritu que impulsa a evangelizar... Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador» (EG 119-120).

3. La formación con vistas a la misión

Hay un tercer punto sobre el que me gustaría llamar su atención. Todo pastor debe preocuparse de la formación de los fieles laicos. Es una formación que siempre tiene la misión como objetivo final. Sin embargo, quisiera señalar que la formación no debe entenderse como instrucción escolar. Debe verse desde la perspectiva de lo que

dije en el primer punto de mi ponencia, es decir, que los ministros ordenados deben alimentar ante todo la fe de los fieles con la Palabra y los sacramentos. La formación debe considerarse también desde esta perspectiva: no es otra cosa que alimentar a los fieles interiormente, en la mente y en el alma, para que puedan vivir plenamente su bautismo. Los laicos “bien formados” no son otros que los laicos “bien alimentados” en la fe y que, por tanto, sentirán de forma casi natural el deseo de dar testimonio de lo que viven personalmente. La propia gracia divina, recibida en la Palabra y los sacramentos, los dirigirá a la misión. Me gustaría citar otro pasaje de la *Evangelii gaudium* donde el Papa enuncia un “principio” que hay que tener siempre presente, dice:

«El principio de la primacía de la gracia debe ser un faro que alumbre permanentemente nuestras reflexiones sobre la evangelización» (EG 112).

En el trabajo de formación, es importante ante todo que los laicos reciban el *kerigma* como una experiencia “fundacional” de la fe: la fe nunca debe darse por sentada, poniendo el acento sólo en el compromiso social, pues de lo contrario, como bien dijo el papa Benedicto XVI, el compromiso sustituye a la fe, pero entonces se vacía desde dentro⁶.

También es importante formar a los laicos para que aprendan a leer y aceptar la Sagrada Escritura como la Palabra de Dios dirigida a cada uno de nosotros, que ilumina los hechos de la vida y nos muestra los caminos de Dios. Esto incluye también la educación en el discernimiento, es decir, en esa actitud constante de escucha y comprobación para ver en mi propia vida y en la vida de la comunidad eclesial y de la sociedad, las “llamadas” de Dios, que siempre nos habla en lo concreto de la existencia y nos orienta hacia Él.

Hay que formar a los laicos para que vivan los sacramentos como momentos que renuevan y mantienen vivo el encuentro con Cristo resucitado, para que poco a

⁶ Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso al final del encuentro con los obispos de Suiza en su visita ad limina*, 9 de noviembre de 2006.

poco se pase de una actitud legalista ante la vida litúrgica, concebida como un conjunto de “ritos que hay que cumplir”, a una actitud de participación personal en la vida del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, que se construye y renueva precisamente en la Liturgia.

Pero, repito, en todo este “trabajo permanente” de formación, que nunca termina, no debemos adoptar un estilo escolástico, como estamos acostumbrados a hacer en los círculos eclesiales, donde no pocas veces todo se reduce a conferencias y lecciones sobre un tema concreto. La labor de educación en la fe en la Iglesia, desde los primeros siglos y a lo largo de su historia, ha sido siempre mucho más rica. Por lo tanto, también hoy debe incluir una parte de educación, pero también celebraciones y rituales, momentos de compartir experiencias y escucharse mutuamente, actividades misioneras y experiencias de servicio.

Ciertamente, también será necesaria una formación específica para aquellos que se sientan conducidos a una misión especial. Por ejemplo, para los laicos que saben aprovechar las infinitas posibilidades del mundo de la comunicación y los medios sociales, o para los laicos que sienten una llamada al compromiso político, o para los de las instituciones académicas.

Este amplio compromiso con la formación de los laicos exige también una mayor apertura y disponibilidad por parte de los pastores. Está claro que la mera presencia en la misa dominical no es suficiente. Es necesario crear oportunidades adecuadas a los horarios y estilos de vida de los laicos que les permitan formar parte de grupos más pequeños, y que puedan convertirse para los laicos en una compañía de vida, donde comiencen a experimentar la hermandad y cercanía de otros laicos y pastores, y junto a ellos puedan compartir y comprender cada vez más su vida a la luz de la fe, alimentarla y rezar juntos. Esto no siempre puede hacerse en las parroquias y en las estructuras de las diócesis, por lo que los pastores no deben tener miedo de involucrar a las nuevas realidades agregativas – asociaciones de fieles, movimientos

eclesiales y nuevas comunidades –, que cuentan con buenos itinerarios de formación para los laicos y las familias.

Hay dos riesgos que debemos evitar: la clericalización de los laicos y la huida hacia el intimismo. La obra de formación de los laicos no debe tener como objetivo “encontrar” a los laicos en esquemas eclesiales preconstituidos, no debe crear personas obedientes a un “sistema”, a las que se les pide sólo que aseguren el funcionamiento del sistema, pero sin conceder ningún espacio a la creatividad y a la libertad y, por tanto, sin ofrecer una verdadera experiencia de “vida en el Espíritu”. Esto significaría “clericalizar” a los laicos, convirtiéndolos en “servidores de las estructuras” y no en “luces para el mundo”. Al mismo tiempo, hay que procurar siempre que los laicos no vivan su fe como una simple experiencia privada de “alivio psicológico”, como un “calmante espiritual”, que les aisle de la comunidad e incluso les distraiga de aquellos compromisos que están estrechamente relacionados con su estado de vida. La fe, por el contrario, debe llevar siempre a una mayor apertura de la persona: a Dios, sobre todo, pero también a los demás. Debe llevar a compartir las gracias recibidas, a ponerlas al servicio del bien de la Iglesia y de la sociedad, y así, cuando la fe se comparte y se da, se fortalece y arraiga más firmemente en todo el ser de la persona.

4. Algunas prioridades

A los puntos tratados hasta ahora – la importancia de los laicos, su tarea misionera y la labor de formación – quisiera añadir unas palabras para indicar algunas prioridades pastorales. El papel de evangelización de los laicos, de hecho, debe ser potenciado especialmente en algunos ámbitos particulares que están en primera línea en la Iglesia de hoy.

A los laicos se les debe confiar, en primer lugar, la catequesis, especialmente la catequesis familiar y la catequesis para las parejas jóvenes, no sólo las que se preparan para el matrimonio, sino también las recién casadas o las que llevan varios años de matrimonio, a las que se debe acompañar en su camino matrimonial.

Los laicos deben participar en la pastoral juvenil. También en este caso se trata de cambiar el paradigma. No se trata de dar a los jóvenes una educación escolar, sino de acompañarlos en su crecimiento en la fe. En este sentido, los laicos son los más indicados para estar cerca de los jóvenes de forma continuada, porque se trata de “hacerse cargo” de ellos, quizás incluso de acogerlos en sus casas para reunirse en pequeños grupos, rezar con ellos, escuchar sus experiencias y sus dificultades, animarlos, estar cerca de ellos en sus crisis y alegrías, tener momentos de celebración y amistad con ellos. Es imposible que un sacerdote solo haga todo esto por todos los jóvenes de su parroquia. Por tanto, es esencial implicar a los laicos, y especialmente a las familias jóvenes, y despertar en ellos este “amor a los jóvenes”, esta “pasión” por educarlos y acompañarlos en la vida.

Los laicos también deberían participar más en la formación de los seminaristas. Se trata de un ámbito completamente nuevo para muchos pastores, pero que debería ir formando parte de la sensibilidad y la práctica ordinaria de toda la Iglesia. Para evitar tener pastores completamente separados del rebaño, con una fuerte inclinación a desarrollar un espíritu de “casta”, elitista y autorreferencial, es importante que, desde su paso por el seminario, los jóvenes aprendan a apreciar la presencia de los laicos, sus dones, su carisma específico y también su “papel formativo”. Los seminaristas deben aprender que no sólo serán “maestros” de los laicos, sino que deberán convertirse en sus “compañeros de viaje” y también en “discípulos”, porque a menudo tendrán mucho que aprender de los fieles. Por lo tanto, es importante que los obispos encuentren formas de involucrar a los laicos – ya sean solteros o parejas – para que puedan participar en la formación intelectual, moral, espiritual y pastoral de los futuros sacerdotes. También se puede pensar en tiempos especiales de “aprendizaje pastoral” que se realicen en “equipos mixtos” formados por laicos, seminaristas y sacerdotes. Esto supondrá un gran enriquecimiento para los seminaristas y una gran inversión para el futuro de la Iglesia, que se encontrará con pastores que ya están acostumbrados y se encuentran perfectamente a gusto trabajando codo con codo con los fieles laicos, sin rivalidades ni desconfianzas.

Conclusión:

Queridos hermanos en el episcopado, estoy convencido de que una de las tareas más importantes que tenemos como pastores es ayudar a los laicos a redescubrir su plena participación en la vida y misión de la Iglesia. Todos los aspectos de la vida y de la misión de la Iglesia pertenecen también, por derecho propio, a los fieles bautizados: la función de enseñar debe implicar a los laicos, la función de evangelizar debe implicar a los laicos, la función de santificar mediante la oración y el culto debe implicar a los laicos, la función de gobernar debe implicar a los laicos idóneos y cualificados que asuman tareas de liderazgo en las estructuras de la Iglesia, y sobre todo la función de transformar todos los ámbitos de la vida social según el espíritu del Evangelio debe implicar a los laicos en primera persona.

Por lo tanto, se requiere de nuestra parte una cercanía paternal a los fieles laicos. Recientemente, dirigiéndose a los obispos en la misa de su ordenación episcopal, el Santo Padre indicó la “cercanía” como verdadero estilo episcopal, porque, señaló, «la cercanía es el trazo más típico de Dios»⁷. E indicó cuatro “proximidades”: la proximidad a Dios en la oración, la proximidad a los obispos en la comunión episcopal, la proximidad a los sacerdotes en una verdadera relación de paternidad y, finalmente, la proximidad a los laicos. A este respecto, dijo:

«La cuarta cercanía, la cercanía al santo pueblo fiel de Dios... No olvides que has sido ‘sacado del rebaño’, no de una élite que ha estudiado, tiene muchos títulos y le toca ser obispo»⁸.

Creo que la mejor manera de que un obispo exprese esta cercanía a su rebaño es buscar a los laicos y animarlos siempre. Creo que es muy consolador para los fieles sentirse “buscados” por su pastor. Un pastor no se acerca a los laicos sólo cuando necesita “servicios”, sino que los busca siempre, se interesa por ellos, por su vida y, por tanto, los apoya en sus dificultades, los escucha, acoge de buen grado su opinión,

⁷ FRANCISCO, *Homilía en la Santa Misa de ordenación episcopal*, 17 de octubre de 2021.

⁸ *Ibíd.*

los anima a seguir con alegría y perseverancia en su misión y en sus deberes, familiares y profesionales, les ofrece el ejemplo de su testimonio personal de vida. Sobre todo, se toma tiempo para rezar por ellos y con ellos. Es muy triste constatar que a veces los sacerdotes y los obispos organizan momentos de oración y adoración, pero ellos mismos no participan en ellos. De este modo, los fieles perciben que la oración comunitaria es una de las “actividades” que pertenecen al trabajo organizativo de los pastores, pero no es una necesidad sentida por ellos a nivel personal. Debemos recordar siempre las profundas palabras de San Agustín a este respecto:

«Si por un lado me aterroriza lo que soy para vosotros, por otro me consuela lo que soy con vosotros. Soy obispo para vosotros, soy cristiano con vosotros. La condición de obispo connota una obligación, la de cristiano un don; la primera comporta un peligro, la segunda una salvación»⁹.

El obispo está cerca de su pueblo porque también él, como todos, tiene necesidad de la gracia, vive de ella, la pide en la oración. Aquí está la raíz de la “cercanía” al rebaño de la que habla el Santo Padre.

Queridos hermanos, gracias por su atención; que el Señor bendiga su ministerio episcopal con abundantes frutos.

⁹ AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermo* 340, 1 PL 38, 1483.